

Luis Spota: testimonio de la realidad política

Oscar Wong

Para Elena Peralta, con amistad

¿Hasta qué punto es válido el testimonio literario, luego de que el escritor ha previsto algunas situaciones que, más tarde, en la realidad social se corresponden?, ¿de qué manera puede clasificarse una serie de novelas cuando participen intensamente en los procesos sociales? ¿Cuál el límite de lo que se denomina realidad y cuál el de la ficción?

Gore Vidal, por ejemplo, realiza lo que algunos estudiosos señalan como "historia-ficción"; esto es: una secuencia literaria basada en hechos reales, históricos; la historia novelada que, por supuesto, no respeta los acontecimientos para dar cabida a la fantasía creadora del escritor.

En el caso de "La costumbre del poder", una serie de novelas que con justeza posibilita significados reales, la descripción de los personajes, el contexto mismo, la atmósfera de "credibilidad" que se palpa a lo largo de sus páginas, demuestra que Luis Spota (México, 1925) ha observado correctamente la realidad. De ahí que la *history* planteada, de ahí que la *story* que deviene en el necesario *suspense*, se integre de manera coherente con algunos acontecimientos que en la política mexicana ocurrieron o por lo menos dieron visos de hacerlo. Y es que

ese país mítico, literario, descrito a lo largo de "La costumbre del poder" puede ser identificado, en un momento dado, con México.

En la forma en que Spota logra capturar una "molesta" realidad, en la medida en que el escritor destaca a plenitud una serie de situaciones que tuvieron lugar en nuestra historia contemporánea, ahí radica la correcta observación, e interpretación, de los procesos sociales. "La costumbre del poder" —*Retrato hablado* (1975), *Palabras mayores* (1975), *Sobre la marcha* (1976), *El primer día* (1977), *El rostro del sueño* (1979), *La víspera del trueno* (1980), *Mitad oscura* (1982) y *Los días contados* (1983), previo paréntesis con *Paraíso 25* (1982), —aunque también se refiere a los mecanismos del poder— es, de hecho, un reflejo "novelado" de las circunstancias establecidas por nuestra particularidad socioeconómica.

Los vicios y errores que las administraciones públicas de ese mítico país vinieron arrastrando hasta el momento en que se inicia la primera novela de la serie (*Retrato hablado*); la transformación interna de un hombre ávido de poder; todo ese afán de prepotencia, toda la potestad del pueblo asumida —subsumida— por un único hombre que conlleva el peligro de caer en la desme-

sura y el abuso de la autoridad (como se observa más intensamente en *El rostro del sueño*), hasta llegar a la caída (*La víspera del trueno*).

El planteamiento que Spota hace en estas novelas, al igual que algunos personajes, nos hace creer o aventurar en momentos que pretende describir a sujetos y acontecimientos *vivos*. Y es que el conocimiento que de la vida pública tiene el escritor, le da la particularidad característica de reflejar en la ficción lo que la vida real le entrega.

Por supuesto que en *La víspera del trueno* se alude a situaciones tratadas intensamente en *El rostro del sueño*, en la que se planteaban los acontecimientos de la guerrilla urbana surgida como una necesaria consecuencia de los malos manejos de la política del Presidente Avila Puig. En efecto, *La víspera del trueno* es el desenlace de un periodo presidencial iniciado con *Retrato hablado*, donde el encomio a la figura del Señor Presidente (*Palabras mayores* y *Sobre la marcha*), donde la vanagloria y el egocentrismo se vuelcan en grado sumo hasta cristalizar en el culto a la personalidad. Ahí es donde, en situaciones paralelas con la vida real, el lector puede sonreír con malignidad y tratar de identificar personajes y periodos históricos concretos.

La capacidad de un escritor con la calidad de Spota por mantener la atención sobre su obra durante casi una década ininterrumpida, no puede ser calificada por ningún medio; ni siquiera cuentan las sucesivas ediciones de cada novela —miles de ejemplares—, sólo los valores que se derivan de la lectura, los planteamientos particulares, singularizados por el afán de identificarse con lo universal, las posibilidades que se derivan de los procesos sociales destacados en cada narración; las atmósferas y descripciones, sin soslayar la técnica en que se manifiestan los contenidos. Luis Spota sabe mantener el necesario suspenso entre sus lectores: sus novelas continúan buscándose con avidez.

¿En qué radica el éxito de esta serie? Indudablemente en el tratamiento literario. Al utilizar un lenguaje directo, Spota consigue el efecto del reportaje; al narrar, casi soslayando las descripciones, el autor manifiesta su afán de ir a la historia, directamente, buscando que el diálogo mismo logre limitar los entornos escenográficos.

En otros términos, lo que en algunos autores es elegante y depurado, gracias al manejo exquisito de la retórica y de algunos recursos de estilo casi ampulosos, en Spota es superfluo y hasta calamitoso. Ciertamente: el estilo directo, casi llano, conlleva en esta serie de novelas un elemento que en Spota es virtud: el vigor, la energía que se traslada a las acciones. Aquí, justamente, estriba la característica de la narrativa de este autor mexicano: el vigoroso rigor con que relata descriptivamente (permítaseme el término) las acciones de la historia que desea contar.

El recurso de Spota, el rasgo narrativo característico del estilo utilizado en "La costumbre del poder", era insinuado apenas en *El coronel fue echado al mar* (1947), donde al autor simplificaba la dinámica en bloques de conversaciones con unas líneas descriptivas, casi a manera de guión. El estilo, ya se adivinaba en la novela indicada, aunque todavía no llegaba a la factura y madurez del actual (de *El rostro del sueño*, por ejemplo, o de *Los días contados*).

A pesar de que las cuatro novelas iniciales de la serie son necesarias para comprender íntegramente el panorama de la realidad sociopolítica de la mítica República de Spota; a pesar también que cada novela puede ser leída independientemente sin afectar el conjunto, en lo personal me siento más cercano a las que cierran la serie.

Si en *El rostro del sueño* el escritor narraba las dificultades de un grupo de guerrilleros utilizando constantes *flash backs* entreverados, a manera de acordeón o fuelle (capítulos apoyados unos en otros, del presente al pretérito, de éste a diversos planos narrativos hasta integrar una estructura totalizante, capaz de ofrecer en una única visión lo sucedido), en *La víspera del trueno* Spota maneja el entramado narrativo en forma aparentemente lineal, con paréntesis tempoespaciales necesarios desde la perspectiva del narrador (así, por ejemplo, los sucesos relatados por algunos testigos de los hechos que captan otro matiz de la figura de Avila Puig).

Si nos atenemos a los anteriores parámetros literarios, si consideramos los contenidos geopolíticos descritos a lo largo de "La costumbre del poder", podemos concluir sin duda que Luis Spota ha sabido penetrar en todos los niveles de la administración pública, hurgando e in-

tepretando la sintomatología que el país de ficción manifiesta. El autor la consigue de manera admirable, con un estilo vigoroso, enérgico, que participa de la crónica y del reportaje. En este mismo orden de ideas, Spota puede ser declarado como un cronista contemporáneo, un escritor que de manera fehaciente testimonia la realidad sociopolítica; un señor de la pluma que parte directamente de algunos planteamientos históricos para derivar una secuencia literaria que tiene visos de acontecer. Y por ello "La costumbre del poder" cobra vigencia y, desde luego, notoriedad.

En *La víspera del trueno* Spota describe de manera coherente una república imaginaria, un país gobernado por un egocentrista, por un Señor Presidente acostumbrado a detentar el poder; un político que surge en un primer plano luego del clásico dedazo. En este sentido, la transformación interna y externa del presidente Avila Puig (personaje central de la serie) es válida y congruente con las situaciones que se viven; de ahí que este cambio psíquico —de menos a más— lleve a identificar a este personaje de ficción con un ente de la vida real; un tipo con relieve, humano, que sucumbe a los embates del poder desmesurado. La psicología de Avila Puig está integrada a los procesos sociales que se describen e incluso el contexto sociopolítico es acorde con aquél. Tipos, ambientes y atmósferas se combinan para integrar un todo, pleno de unidad en técnica y contenido.

La víspera del trueno describe, en corte, a un Avila Puig ansioso por obtener un reconocimiento mundial; exhibe, también, los grados de corrupción que los funcionarios alcanzan; puntualiza sobre la degradación de los intelectuales que tienen aspiraciones políticas (el nombre de Narciso es atinado y admirable); destaca, incluso, el manipuleo de la información y los tejemanejes de la "grilla", soslayando las necesidades de la población, el afán de obtener mejores condiciones de vida. Un *statu quo*, como dirían los sociólogos, de actualidad.

De la ficción a la realidad, de la novela a la historia, Luis Spota sugiere la posibilidad de que el estallido social quede soslayado por un golpe de estado. *La víspera del trueno* en este sentido constituye un toque de alerta, una alarma que posibilita su significación real.

Spota, desde luego, es un acucioso observador de la

realidad sociopolítica de México. Y como todo novelista que se respete, ha sabido interpretar todos esos signos que los procesos sociales entregan en esta época del siglo. *Casi el paraíso* (1956), por ejemplo, demostró en su oportunidad la hondura de su visión para reflejar a la sociedad mexicana, al igual que *Paraíso 25* (1982), la obligada continuación de aquélla, donde maneja con excelente tino a los herederos del poder, a los juniors. Sin embargo, en *La costumbre del poder* que engloba ocho ángulos distintos en igual número de novelas, del ejercicio administrativo derivado de la prepotencia. Spota resalta su agudeza crítica. "La costumbre del poder" es, en este orden de ideas, un reflejo novelado de las circunstancias establecidas por el contexto sociopolítico.

El país que Spota ha sabido crear no es, ciertamente, nuestro país, aunque mucho tiene de nuestra gente, de nuestras autoridades, de todos aquellos seres que, a veces con malicia, queremos reconocer en los personajes literarios.

Debo aclarar que acaso sea indispensable la mirada estrictamente académica de algún sociólogo, psicoterapeuta o bien de un antropólogo social para observar las circunstancias de la conducta humana y sus repercusiones en la sociedad, mismas que se reflejan en las novelas de Spota.

En lo personal me llama la atención la forma en que Víctor Avila Puig, personaje apenas mencionado en *Retrato hablado*, responsable de la información entregada a Miguel Rebul y que duplicara esos diez millones de Eugenio Olid Orellana, va transformándose al conjuero del poder presidencial —en principio apenas sugerido—, en su calidad de precandidato, hasta llegar a la cima. Los rasgos psicológicos de El Hombre (con mayúsculas), son indispensables para entender la personalidad de quien ejerce el poder, a veces indiscriminadamente.

El Poder mismo (también con mayúscula inicial), esa abstracción sociopolítica, constituye otro personaje indispensable. . . y supongo que es el principal por antonomasia. No importa que lo ejerza Eugenio Olid, o los directores de El Grupo, o el general Marcelino Ku Larriva en *Los días contados*, o ese jerarca de *Mitad oscura*, don Beltrán Tabaqui. El Poder está ahí, como re-

presentación misma de Dios, un dios adaptado a imagen y semejanza de las circunstancias y acontecimientos histórico-políticos.

El Poder, insisto, es la potestad del pueblo asumida —no importa los medios— por un único hombre. Ahí, precisamente, radica la enseñanza de “La costumbre del poder”: alertar sobre el peligro de caer en la desmesura y el abuso de la autoridad (véase, por ejemplo, *El primer día* o bien las muestras de cacicazgo que se presentan en *Los días contados*), con las repercusiones naturales: la guerrilla urbana de *El rostro del sueño* y la intervención castrense de *La víspera del trueno*.

Spota ha sabido penetrar en todos los niveles de la administración pública y— privada, con *Mitad oscura*—, hurgando, asimilando e interpretando correctamente la sintomatología de ese país novelado, aún sin nombre. El narrador describe con precisión ese país mítico. Y lo consigue con un estilo vigoroso, enérgico, que participa igualmente de la crónica, del reportaje y, por supuesto, de la entrevista.

Al utilizar un lenguaje directo —con breves giros insinúa, describe, enlaza—, el autor manifiesta su afán de ir directamente a la historia, logrando que el diálogo mismo limite los entornos escenográficos. Su estilo, insisto, conlleva una virtud: el vigor que impregna a las acciones. En necesario puntualizar que el entramado narrativo se apoya en las situaciones tempoespaciales; si-

multáneamente, como ocurre en *El rostro del sueño* y *Mitad oscura*, se describen tres circunstancias de tiempo y espacio, a manera de arroyos que, coexistiendo paralelamente, confluyen por último en el desenlace; este “delta” narrativo se insinuaba en *El coronel fue echado al mar* (1947), donde el novelista simplificaba la dinámica narrativa en bloques de conversaciones con líneas descriptivas, casi en forma de guión y que servían de enlaces.

Dejo para otra ocasión más propicia a los personajes femeninos creados por Spota. Figuras decorativas, meros objetos de lujo y de consumo sexual; comparsas, alcahuetes y hasta mensajeras de los señores. Pienso tan sólo en Sofía Vaquero de *Retrato hablado* o en la madre de Avila Puig, corroída por la enfermedad en *Palabras mayores*. O doña Inocencia, *La Legítima*, de Marcelino Ku, o bien su hija Pascual María. Mujeres signadas por la fatalidad, pero sin la fuerza que sugeriría la voluntad de sobreponerse al entorno, sin esa energía espiritual que ennoblece, reservada tan sólo a quienes están predestinados a ejercer una función humana de alto calibre.

Las mujeres reflejadas en esta serie de Spota son apenas sombras de seres humanos, marcadas por el estigma de El Poder, de su proximidad ante esa abstracción, pero que tan buenos resultados parece ofrecer a quien lo ejerce indiscriminadamente.